

PRESENTACIÓN DE LUIS SUÁREZ ÁVILA

Por ROGELIO REYES CANO

Hay un cante por caracoles, magistralmente interpretado en su día por el patriarca jerezano don Antonio Chacón, en el que, a cuenta del encanto de una mujer bonita, se dice que “el conocimiento la pasión no quita”. Tal aserto, apoyado en un viejo refrán español, es del todo pertinente esta tarde en la que tengo el honor de presentar a ustedes al Ilmo. Sr. Don Luis Suárez Ávila como miembro correspondiente de esta Real Corporación en El Puerto de Santa María. Del todo pertinente, digo, porque Luis, gran amigo mío, además de abogado en ejercicio – su profesión oficial– es por vocación un auténtico hombre de letras, una persona culta y sabia –dos cosas que no siempre coinciden–, un reconocido publicista y un investigador de absoluta solvencia en el campo de la lírica popular. No es, por cierto, el único portuense que entra en esta Casa. En El Puerto de Santa María habían nacido o vivido también, que yo recuerde en este momento, el poeta decimonónico y académico de número Ángel María Dacarrete, discípulo de Alberto Lista y uno de los precursores de la poesía de Bécquer, y los académicos correspondientes Cástor Montoto de Sedas, notario, y José Luis Tejada, poeta y profesor universitario a quien traté mucho y admiré como compañero en la docencia.

Uno de los rasgos distintivos de esta Academia desde los tiempos mismos de su fundación en 1751 ha sido su carácter interdisciplinar, la variedad de saberes de sus integrantes, guardando fidelidad al sentido que entonces tenía la expresión “Buenas Letras”, en la que la palabra “letras”, del latín “litteras”, aludía no sólo a los contenidos estrictamente humanísticos que en la actualidad le son consustanciales sino a todos aquellos saberes que merecían el privilegio de la escritura. En esa línea de apertura a los más diversos dominios culturales, recibimos hoy a un buen conocedor del acervo literario popular y folclórico de Andalucía que trae a nuestra Academia, junto a un saber aprendido en los libros, esa otra sabiduría profunda que sólo se adquiere en la atenta observación de la vida. ”Con ambas siempre en lucha / y de ambas vencedor”, como diría Bécquer, Luis es todo un ejemplo de probidad intelectual y de finura de análisis en su atalaya, nada aldeana por cierto, de El Puerto de Santa María, desde donde mantiene constante relación verbal y epistolar con estudiosos y especialistas de medio mundo y participa con rigor y con entusiasmo en congresos y en ciclos de conferencias, en encuentros y en publicaciones especializadas. Movido, pues, no por la pasión del amigo sino por el conocimiento y la objetividad, me congratulo en extremo de que esta Real Academia lo haya incorporado a su ya rica nómina de Académicos Correspondientes, y lo que disfruto como amigo lo corroboro también sin reserva alguna como profesional de la filología.

No es fácil resumir la proteica personalidad intelectual de Luis Suárez en el corto plazo que la cortesía académica exige en un acto como éste. Porque hay en ella una doble dimensión nada frecuente que conjuga su profesión de abogado de prestigio con especial dedicación al derecho de familia y de sucesiones y al derecho agrario, con una gozosa entrega al mundo de las letras que a mí me recuerda la de aquellos ilustrados dieciochescos que desde su rincón rendían culto a la curiosidad mental y a la pasión del conocimiento. Miembro de la Academia de San Dionisio de Jerez de la Frontera, de la Cátedra Alfonso X el Sabio y del Seminario Menéndez Pidal por sus estudios sobre el Romancero, colaborador asiduo del *Diario de Cádiz*, conferenciante en centros universitarios españoles y extranjeros, autor de numerosos trabajos de temas folclóricos, etnológicos y antropológicos....,

son éstas las credenciales que lo han hecho de sobra merecedor del reconocimiento que esta noche le tributamos.

Ninguno de esos méritos hubiera sido, sin embargo, posible de no mediar un hecho que Luis pondera siempre por encima de todo, y que no es otro que el ascendiente cultural que su padre, también hombre del Derecho, ejerció sobre él y sobre todos sus hermanos en aquella hermosa casa familiar de la calle de San Juan de El Puerto de Santa María en la que él todavía hoy sigue habitando. Con sus extraordinarias dotes de conversador, me ha contado muchas veces lo que para él significó haber tenido un padre preocupado por inculcar a sus hijos sus mismas inquietudes culturales y familiarizarlos con libros y con personas muy significadas en esos dominios. Poseedor de una rica biblioteca que aunaba el saber jurídico y el interés por el mundo del arte y la literatura, su padre, también excelente pintor, abrió sus ojos de niño al encanto de la poesía española, al comentario de textos literarios, al gusto por las obras de arte que contemplaba a través de diapositivas..., forzando tantas veces la natural inclinación del niño a los juegos pero sembrando en él, sin entonces saberlo, las semillas del dulce virus de la lectura, la pasión por la belleza artística y el refinamiento de una sensibilidad ejercitada en la música y en la pintura.

El padre de Luis educó, en efecto, a sus hijos en una refinada atmósfera cultural nada común. En 1927, cuando apenas contaba dieciocho años, fundó en su Puerto nativo la revista *Ensayos*, rica en dibujos y en creaciones literarias en prosa y en verso que sintonizaban con el espíritu de los entonces jóvenes escritores del momento y en la que colaboró, entre otros, el poeta sevillano Rafael de León. Más tarde fue amigo personal de figuras de gran relieve intelectual que frecuentaron su casa, entre ellas los profesores Diego Angulo Íñiguez, Dámaso Alonso, Luis Morales Oliver y el poeta portugués José Luis Tejada, a los que Luis Suárez recuerda hoy con unción tanto en sus destacados perfiles profesionales como en la dimensión humana de quienes formaban parte natural de su mundo juvenil. Aludiendo al primero de los citados, al sabio estudioso de la historia del arte, escribió con gracejo en una ocasión que “Don Diego Angulo, Catedrático de Historia del Arte, Director que fue del Museo del Prado, Director de la Academia de la Historia, Académico de la de

Bellas Artes de San Fernando, etc. etc, el especialista más notable en Murillo, en el verano en que yo cumplí quince años comenzó a hablarme de usted con la excusa de que yo ya era bachiller. El tratamiento, pese a mis múltiples requerimientos, no me lo apeó nunca. Así que todos los veranos, cuando venía a casa de mis padres, me “usteaba”, mientras yo, por mandato paterno, lo acompañaba a todos sitios. Así pude ver cosas que poca gente ha visto, mientras ayudaba a don Diego a medir, a pesar, a reseñar, objetos artísticos, cuadros, esculturas, edificios, artesonados, etc. etc. para su *Catálogo Histórico–Artístico de Andalucía* que dejó muy terminado, pero sin acabar. Cuando saqué mi carnet de conducir, me convertí en su chófer y seguí llevándolo a donde quiso, mientras yo me iba empapando de la riqueza artística de Andalucía”.

Esa familiaridad de Luis Suárez con tan altas calidades culturales debió influir sin duda en su temprano interés por el mundo de la lírica popular y muy específicamente por el riquísimo corpus romanceril que las familias gitanas de El Puerto conservaban y cantaban en sus versiones flamencas como preciosas reliquias de una tradición oral alimentada en su noble expresión por el paso de los siglos.

Este contacto suyo con el mundo gitano, que comenzó muy tempranamente como simple curiosidad juvenil (“sin tener conciencia exacta de lo que hacía”, nos dice él mismo), acabaría por convertirse en el curso del tiempo en una auténtica y muy fructífera vocación de estudioso cuando, conocedor de los trabajos sobre el Romancero llevados a cabo por Manuel Manrique de Lara, Diego Catalán Menéndez Pidal, Samuel Armistead y tantos otros autores, entró en comunicación con algunos de ellos aportando con generosidad a esa labor romancística de sello académico el riquísimo corpus de romances tradicionales que tantas veces él había oído cantar en las sugerentes versiones flamencas de la familia Niño y de otros cantaores de El Puerto y de buena parte de la Andalucía la Baja (Jerez, Rota, Alcalá de Guadaíra, Sevilla, Mairena, Lebrija...), y que, en un valioso trabajo de campo, fue recogiendo y estudiando con entusiasta dedicación.

En la década de los cincuenta conoció personalmente a Miguel Niño, “El Bengala, a Pepe Torre, a Pastora Pavón, a Antonio Mairena..., y a ese grupo de cantaores del conocido como

“sector intimista”, no siempre famosos entre el gran público pero siempre cultivadores de una exquisita pureza como “Agujetas Viejo”, José de los Reyes “El Negro”, Alonso, Dolores y Juana los del “Cepillo”, Ramón Medrano, “El Cojo Pavón” o Jeroma “La del Planchero”. Desde entonces ya no cejó, ni por fortuna ha cejado todavía, en acercarse a esa materia romanceril del mundo flamenco desde una perspectiva rigurosamente científica, huyendo de simplificaciones subjetivistas y ciñéndose a una metodología de análisis del todo respetuosa con otras disciplinas como la filología, la antropología, la historia o la musicología. Enriqueció notablemente los fondos del Archivo Menéndez Pidal con nuevas versiones del ciclo romanceril de *Bernardo del Carpio* (“Salió Bernardo a cazar una nochecita oscura...”), *Durandarte*, *Las Quejas de Alfonso V ante Nápoles*, *Oliveros y Montesinos*, el tema de *La monja contra su gusto* (“Mi madre me metió a monja por reservarse mi dote...”), *La condesita*, *El conde Niño*, *La mesonera despiadada* o *Las tres cautivas*, versiones estas últimas que el gran Antonio Mairena, que tanto hizo por salvar del olvido esta riqueza popular, cantó repetidas veces.

No podemos olvidar tampoco las del *Moro que retó a Valencia* y *Hermosa reina y cautiva* que Luis escuchó de labios del barbero gitano “Cojo Pavón”, un ancianísimo cantaor de Puerto Real. En Lebrija conoció a la famosa María “La Perrata”, matriarca de la familia de los Peña, que cantaba la versión de *Gerineldo* que más tarde grabaría en disco con su hijo “El Lebrijano”. Gracias también a una iniciativa de Luis Suárez, una buena parte de tan valioso material folclórico fue grabado en disco por Hispavox y difundida en la *Magna Antología del Cante Flamenco* que sacó a la luz Blas Vega en 1982.

Pero nuestro nuevo académico correspondiente en El Puerto de Santa María no se ha limitado a recolectar tan valiosos tesoros líricos. Es, además, un entusiasta organizador de encuentros y reuniones entre especialistas, como aquélla de agosto de 1985 en la que llevó al Puerto a Diego Catalán, a su hija Sara, a Ana Vian y también a los estudiosos andaluces del Romancero los profesores Pedro Piñero y Virtudes Atero, a conocer el rico repertorio de romances épicos que Luis había detectado y recogido del mundo gitano en un trabajo publicado en 1971 con el título de

“Corridos, corridas y carrerillas, verdadero origen del cante flamenco”. En ese encuentro José de los Reyes “El Negro” cantaría un *Bernardo del Carpio* (“Con cartas y mensajeros...” aprendido de su padre que hizo llorar de emoción al nieto de don Ramón Menéndez Pidal al comprobar de primera mano cómo una materia romanceril de tan inestimable valor se conservaba todavía viva con tan inusitada fuerza. Por ello Jesús Antonio Cid, de la Universidad Complutense de Madrid, pudo decir con toda razón que Luis Suárez era el “albacea espiritual de Manrique de Lara”, el estudioso que en 1916 había recogido en Triana y en Cádiz un buen número de romances sin aclarar que sus informantes eran gitanos. Las aportaciones de Luis vinieron, en consecuencia, a conectarse con tan valioso precedente y a potenciar el valor de aquellos descubrimientos de principios del XX.

Sabido es cómo para muchas de estas sagas gitanas había palos flamencos que sólo se reservaban para la intimidación. Pero Luis, persona muy familiarizada con ese mundo y con probadas dotes de persuasión, logró lo que muy pocos logran todavía hoy: acceder al “sancta sanctorum” de ese misterioso culto musical a un género de la lírica popular tan genuinamente español y de tanta trascendencia culta como es el romance.

Pertrechado de todo ese bagaje cultural que funde el conocimiento de la antigua lírica popular con el mundo vivo del cante flamenco, Luis Suárez nos hablará esta tarde de un tema del todo apasionante, muy polémico y todavía no resuelto en el dominio de la flamencología: nada más y nada menos que de su personal propuesta acerca del origen y significado de la palabra “flamenco”, cuestión angular y abierta donde las haya. Ustedes mismos podrán comprobar seguidamente hasta dónde llega su capacidad para aunar rigor intelectual y llaneza expresiva, frescura verbal y seriedad científica. Un verdadero honor, sin duda alguna, para esta Academia que hoy lo acoge con toda cordialidad entre sus miembros correspondientes con la firme esperanza de servirse de su mucho saber en el dominio de esa materia folclórica y compartir con él en lo sucesivo una misma preocupación por ahondar en las estrechas relaciones que históricamente se han dado siempre en España entre la literatura popular y la literatura culta. Bienvenido seas, querido Luis, a esta tu casa.